

DIEGO JOSÉ ABAD, *Disertación joco-seria: si alguien nacido fuera de Italia puede escribir correctamente el latín, en contra de lo que opina Roberti*. Intr., trad. y nts. Roberto Heredia Correa, Aguascalientes (México): Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2000, XLV + 20 + 20 pp.

Una contrainvectiva

En 1778, en Padua, Diego José Abad publicó una obrita con este largo título latino: *Dissertatio ludrico-seria. Num possit aliquis extra Italiam natus bene latine scribere, contra quam Robertus pronuntiat*. En 2000, Roberto Heredia Correa la tradujo así al español: *Disertación joco-seria: si alguien nacido fuera de Italia puede escribir correctamente el latín, en contra de lo que opina Roberti*, y, al amparo de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (Aguascalientes, México), la dio a luz junto con una introducción y notas.

Estamos ante un libro cuyo origen provoca ira y enojo nacional o personal, pero cuyo examen nos lleva ciertamente, junto a esas reflexiones acerca del honor, también a la risa.

¡No entiendo cómo simplemente porque alguien no sea indio italiano no puede escribir correctamente en latín! Con justa cólera y razón Heredia Correa exclamó al preparar esta edición:

Salta a la primera lectura de la carta la petulancia del autor y lo burdo de sus afirmaciones [...] La petulancia del italiano ciertamente debía reprobarse y humillarse; sus afirmaciones podían fácilmente confundirse, y debían refutarse (p. VIII).

Sin duda, estas pocas líneas significan la terrible molestia por la parte que de esta nueva infamia tocaba si no a la patria, sí a la propia persona, aun cuando con la misma cortesía de Abad, Heredia esté de acuerdo en que de ningún modo deba tomarse esto muy a pecho (p. VIII).

Diego José Abad y Roberto Heredia, cada cual en su tarea, abaten a un soberbio ignorante: el primero, defendiendo en latín la capacidad intelectual de los no italianos y poniendo en evidencia la estulticia de un hombre por demás ignominioso; y el segundo, trasladando a nuestra lengua esa defensa para nuestro conocimiento y solaz.

Como el presente, hay muchos casos. En Francia, Pierre de la Ramée —o Pietro Ramus para que, si la anacronía lo permite, aquel italiano entienda— acusa nada menos que a Marco Tulio Cicerón de ser un inconsciente seguidor de Aristóteles y un total ignorante en cualquier asunto de retórica, amén de autor tan oscuro, que todo lo mezcla y confunde.¹ En Chile, Gómez-Lobo pulveriza la filosofía de Parménides mostrando que no es posible aquilatar lo verdadero ni lo falso que hay en ella.²

Pues de este vindicador género, aunque en modo cortés, es esta *Dissertación joco-seria*. Se trata, yo diría, más que de un ensayo crítico satírico, de una abierta burla a un pobre italiano que se le ocurrió poner por escrito en una carta algo realmente torpe y acaso ofensivo aun hoy en día en muchas comunidades.

Decía el pobre italiano, llamado Roberti —éste debe distinguirse claramente de nuestro Roberto el traductor de Abad—, que la preeminencia de escribir correctamente en latín pertenecía a los italianos, ya que los escritos de los no italianos olían a cierta peregrinidad, y los oídos finos los rechazaban; además, que esa alabanza debía retenerse por siempre para Italia, en el presente y en el futuro, puesto que los hombres de más allá de los Alpes o de allende el mar, desde su perspectiva, es decir, en América, no eran capaces de reconocer sus errores, ya que ni siquiera sospechaban si caían en incongruencias de ritmo, en complicación de frases o en la insolencia de los tropos (*Dissertatio*, 1).

Ciertamente todo esto es muy jactancioso, como dijera Teófilo Blanchard, el jesuita que había requerido la opinión de Abad acerca de este rosario de sandeces.

Y afirma Roberto Heredia que Diego José Abad lo hace sonriendo con malicia. Probablemente así haya sido, aunque yo más bien lo imagino encolerizado, tan sólo porque se tomó la molestia de analizar y refutar punto por punto cada uno de los argumentos de la insolente majadería que alcanzaba a todos los que no fueran italianos. Avanzada su argumentación diría Abad:

¹ Véase Murphy-Newlands, *Peter Ramus's attack on Cicero*, texto y traducción de *Brutinae quaestiones*, Hermagoras Press, y Charles Waddington, *Ramus (Pierre de la Ramée): sa vie, ses écrits et ses opinions*. Las *Animadversiones in Dialecticam Aristotelis*, de Ramus, fueron suprimidas por edicto real, aunque su autor fue apoyado por amigos influyentes, y en 1551 fue nombrado profesor de retórica y filosofía en el Collège de France.

² Gómez-Lobo, Alfonso, *El poema de Parménides* (texto griego, traducción y comentario), Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2000, apéndice 2.

¿Y qué cosa más ridícula (para decirlo suavemente), que afirmar, encarecer y publicar en letra impresa esto, que, siendo injurioso y merecedor de reprobación y, más aún, de justa reprensión, es además de tal manera, que no puedes aportar ninguna razón suficientemente aceptable? (*Dissertatio*, trad. Roberto Heredia Correa, p. 8).

Roberti no se daba cuenta de que desde hacía más de 200 años los italianos seguían al no italiano Manuel Álvarez como su profesor de latín; no sabía, o no lo estimaba, que en los *Diálogos* del no italiano Luis Vives los niños italianos aprendían a hablar en latín; no conocía el *De ratione docendi et discendi* del no italiano Joseph de Jouvençy, pero ni siquiera al tampoco italiano Erasmo de Rotterdam. Demasiada ignorancia o soberbia excesiva.

Pues si no ignorante, al menos era Roberti un soberano soberbio, que si le hubiera tocado vivir en Francia o Bélgica, ultrajara de igual forma a los italianos —según conjetura Diego José Abad—. Habría dicho que la elegancia latina había emigrado de Italia a otros países hacía cientos de años. Pero como no fue así, maldijo sin distinción a muchos cientos de escritores franceses, belgas y españoles que tuvieron la mala fortuna de escribir del otro lado de los Alpes.

Por lo que toca a la versión española, con la misma pasión que Diego José Abad compusiera la destrucción de esta infamia, Roberto Heredia nos entrega no solamente la traducción de la obra de Abad, sino también un estudio breve, claro y preciso, donde el lector podrá encontrar respuesta a las interrogantes que naturalmente surgen del texto leído. Por ejemplo, cuáles fueron o por qué son importantes los personajes que se aducen para dar autoridad a la contrainvectiva de Abad, o qué significó para éste tal empeño.

Heredia considera al autor cuya obra nos da a conocer, hombre sin petulancia de doctor, siempre agradecido por los beneficios de sus maestros; y la obra, “algo así como un testamento intelectual” de Abad (p. XIV), ya que su latinidad, genuina y culta, debía ser por sí misma el argumento principal de esta *Disertación joco-seria*.

¿Pero quién es este Roberto Heredia Correa ocupado en educación histórica? Si tuviera que sintetizar, diría: Roberto Antonio Heredia Correa, humanista mexicano de los siglos xx y xxi, hijo del poeta, maestro y campesino Rubén Heredia Bucio, escuchó, de entre los grandes preceptores de su época, a Millares Carlo y Rubén Bonifaz Nuño. De su labor académica hay que destacar sus versiones y comentarios a la retórica de Tácito, a la ironía de Juvenal, a la gracia de Petronio, y al humanismo latino mexicano de siglos pasados. Además, y de manera especial, ha

enseñado letras latinas a varias e importantes generaciones de estudiantes del mundo clásico greco-romano.

Así, Heredia Correa, al poner en español esta obra latina, se convierte, según mi juicio, en óptimo argumento, soñado por Abad, para mostrar que la latinidad, como no lo era en el pasado, tampoco en el futuro sería privilegio exclusivo de una sola nación.

Probablemente, no acertemos algunos a escribir correctamente en latín, pero Roberti, el denostador, fue un mente capto que no supo siquiera hilvanar unos pocos argumentos, a pesar de haber nacido, según él, en la misma cuna de la elocuencia romana.

Acaso esta *Disertación joco-seria* no provoque a nadie a la ira, mucho menos a los mexicanos, “gracias a nuestra superior y natural inteligencia de indios”, debida, según ironía de Abad, a nuestro cielo favorable, a nuestros inviernos serenos y risueños, a nuestros veranos lluviosos (*Disertatio*, 12); pero sin duda, junto a sus enseñanzas, hará pasar un rato agradable.

BULMARO REYES CORIA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

ROBERTO, HEREDIA CORREA. *Mariano Rivas (1797-1843). Semblanza y antología*. Morelia, Universidad Michoacana de san Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999. 148 pp. (Colección El hombre y su tiempo, 2).

Para muchos lectores, como para mí, este libro es sin duda una revelación. Mariano Rivas no es un nombre que suele aparecer en nuestras historias generales; si acaso, en las historias particulares del Estado de Michoacán o en alguna historia eclesiástica. Sin embargo, pertenece a ese grupo selecto de héroes civiles que en las primeras décadas del México independiente se enfrentaron a la urgencia de forjar las instituciones del nuevo país.

Como diputado del Congreso local, promovió la creación de la primera Junta inspectora de instrucción pública, redactó la primera ley de educación, y promovió el restablecimiento del Colegio de San Nicolás en 1832. Si no fundador del primer periódico del Estado, fue el verdadero creador del “periodismo de altura”, del “periodismo orientador e intérprete”.